

ción del Egipto, que se distinguía de su colega por un valor á toda prueba, una generosidad caballeresca y una grande inteligencia, había permanecido inmóvil en las alas del ejército turco al frente de seiscientos jinetes sobresalientes. Concluida la batalla, se internó en el desierto y desapareció; la causa que le movió á obrar así, fué una promesa que hizo á Kléber. Murad-Bey, trasladado recientemente al cuartel general del visir, había sentido renacer en su corazón la antigua rivalidad que de largo tiempo atrás dividía á los turcos y mamelucos. Conoció que los turcos querían recuperar el Egipto, no para restituírselo á los mamelucos, sino para poseerlo ellos; ocurriósele en semejante situación acercarse á los franceses, con objeto de hacer liga con ellos si triunfaban, ó de sucederles si salían vencidos. Sin embargo, obrando con circunspección, no quiso declararse abiertamente mientras no se hubiesen renovado con certeza las hostilidades, y prometió á Kléber ponerse de su lado después de la primera batalla. Ya estaba dada ésta con gloria para los franceses, y su inclinación á ellos no podía menos de haber aumentado considerablemente, por lo cual era muy de esperar que en breves días le tendríamos por amigo declarado.

A la mitad de la noche que sucedió á la batalla referida, y después de haber dado á sus tropas algunas horas de descanso, mandó Kléber tocar diana y se puso en marcha hacia Belbeis con objeto de no dejar á los turcos el menor respiro. Llegó al siguiente día muy temprano; era el 21 de marzo (30 ventoso), y el visir en su rápida fuga había pasado ya adelante. Dejó en el fuerte y en la ciudad un cuerpo de infantería, y unos mil caballos en la llanura. Huyó la caballería al acercarse nuestras tropas, los turcos fueron arrojados de la ciudad y encerrados en el fuerte, donde después de disparar por una y otra parte algunos cañonazos, la falta de agua y el espanto los obligaron á rendirse. No obstante, era tal el fanatismo entre aquellas tropas turcas, que hubo en ellas soldados que prefirieron dejarse matar á entregar sus armas. Entretanto la caballería del general Leclerc, reconociendo la llanura, se apoderó de una larga caravana de camellos que se dirigía al Cairo, y conducía los equipajes de Nassif-Bajá y de Ibrahim-Bey. Aquella sorpresa reveló más claramente á Kléber el verdadero proyecto de los turcos, que era insurreccionar no solamente la capital, sino todas las ciudades importantes del Egipto. Sabedor de semejante plan y viendo que el ejército turco no le hacía frente en parte ninguna, destacó nuevamente con dirección al Cairo al general Friant con cinco batallones para sostener á los cuatro que salieron la víspera de El Kanqah conducidos por el general Lagrange.

A la mañana siguiente, 22 de marzo (1.º germinal), se encaminó hacia Salahieh. Precedíale el general Reynier á la cabeza de la división de la izquierda; Kléber iba detrás con los guías y el 7.º de húsares; iba el último el general Belliard con su brigada, resto de la división de Friant. Durante el tránsito se recibió un mensaje del gran visir que pedía negociación, y al cual no se dió más respuesta que la negativa. Al llegar cerca de Karaim, á la mitad del camino de Salahieh, se oyeron varios tiros de cañón. Poco después se vió á la división de Reynier, formada en cuadro, combatiendo con un apiñado enjambre de jinetes. Kléber envió or-

den á Belliard de apresurar su marcha, y él con la caballería se adelantó á toda prisa hacia el cuadro de Reynier. Pero al verlo los turcos que atacaban aquella división, prefiriendo habérselas con la caballería á luchar con la infantería francesa, cerraron con el 7.º de húsares, que Kléber iba conduciendo. Tan repentina fué su carga, que la artillería volante no tuvo tiempo de formarse en batería. Los que la conducían fueron acuchillados sobre las mismas piezas; Kléber con los guías y los húsares se vió un instante en el mayor peligro, contribuyendo no poco para que así fuese el que los habitantes de Karaim, juzgando inevitablemente perdido á aquel puñado de franceses, habían acudido con horquillas y hoces para acabar con ellos. Pero Reynier envió inmediatamente á libertar á Kléber el 14 de dragones; Belliard, que había apresurado el paso, llegó á tiempo con su infantería, y fué derrotado el enemigo perdiendo algunos centenares de hombres.

Kléber, deseoso de llegar á Salahieh, apresuró su marcha, dejando para su vuelta el castigar á Karaim. El calor del día era excesivo; soplaban el viento del desierto, y se respiraba en medio de una atmósfera abrasadora un polvo fino y penetrante; hombres y caballos iban extenuados de fatiga. Llegaron por fin á Salahieh al caer del día. Estábamos ya en la misma frontera del Egipto á la entrada del desierto de Siria, y Kléber se disponía para tener el último encuentro al día siguiente con el gran visir. Pero al amanecer de aquel día, que era el 23 de marzo (2 germinal), salieron á su encuentro los habitantes de Salahieh anunciándole que el visir huía en el mayor desorden; corrió Kléber á cerciorarse de ello, y vió por sus propios ojos aquel espectáculo que le probaba hasta qué punto se había exagerado el poder de los ejércitos turcos.

El gran visir con quinientos caballos escogidos se había internado en el desierto con algunos bagajes. El resto de su ejército huía en todas direcciones; parte corría hacia el Delta; otra que había quedado en Salahieh imploraba merced humildemente; otra, por fin, que había intentado ampararse en el desierto, parecía al filo de los alfanjes de los árabes. Éstos, después de haber acompañado al ejército turco, quedaron en la frontera sabiendo que por una ú otra parte había de haber vencidos y por consiguiente botín que recoger. No se equivocaron, porque encontrándose con el ejército turco, completamente desalentado, incapaz de defenderse aun contra ellos mismos, pudieron fácilmente pasar á cuchillo á los fugitivos para robarlos. Cuando Kléber llegó habían ya ellos invadido el campamento abandonado del visir y caído sobre él como una bandada de aves de rapiña; pero á la vista de nuestro ejército se dispersaron velozmente en sus rápidos caballos, dejando á nuestros soldados abundantes despojos. Había allí en el espacio atrincherado de una legua cuadrada multitud infinita de tiendas, caballos y cañones, gran número de sillas y arcos de toda especie, cuarenta mil herraduras, víveres con profusión, ricos vestidos y cofres ya abiertos por los árabes, pero llenos todavía de esencias de áloe, de telas de seda y de todos los objetos en fin que componen el lujo bárbaro y brillante de los ejércitos orientales. Había con doce literas de madera tallada y dorada un carruaje montado á la europea, de construcción inglesa, y algunas piezas de

artillería con la divisa *Honni soit qui mal y pense*, señal indudable de la intervención activa de los ingleses en aquella guerra.

Nuestros soldados, que nada llevaban consigo, hallaron en el campo turco víveres, municiones, rico botín y objetos cuya extrañeza los movía á risa, á lo cual estaban siempre dispuestos, pasados los breves instantes en que los sobrecogía la tristeza. ¡Maravilloso poder del estado de ánimo de los hombres! ¡Ahora que eran vencedores ya no querían salir de Egipto, ni se consideraban más como condenados á perecer en lejano destierro!

Así que Kléber se aseguró de que el ejército turco había desaparecido, resolvió volver atrás para hacer entrar en su deber á las ciudades del Bajo Egipto, y especialmente al Cairo, para lo cual tomó las disposiciones siguientes: Encargó á los generales Rampón y Lanusse recorrer el Delta; Rampón para dirigirse hacia la importante ciudad de Damietta; Lanusse para que permaneciese en comunicación con el primero, arrollase cuantos enemigos encontrara en la provincia desde Damietta hasta Alejandría, y sometiese sucesivamente las poblaciones insurreccionadas. Dió á Belliard el encargo general de sostener aquellas diversas operaciones, y el particular de auxiliar á Rampón en su ataque contra Damietta, apoderándose por su parte del fuerte de Lesbech, que obstruye una de las desembocaduras del Nilo. Dejó además Kléber á Reynier en Salahieh, para que impidiese volver á los restos del ejército turco que se había internado en el desierto de Siria. Debía éste permanecer en observación en la frontera, y volver después al Cairo, así que los árabes hubiesen acabado de dispersar á los turcos. Finalmente, Kléber se puso en marcha al siguiente día, 24 de marzo (3 germinal), con la media brigada 88.^a, dos compañías de granaderos, el 7.º de húsares, el 3.º y el 14.º de dragones.

Llegó al Cairo el 27 de marzo. Desde su salida habían ocurrido allí graves acontecimientos. La población de aquella gran ciudad, que llegaba á cerca de trescientas mil almas, ligera, apasionada, voltaria como toda muchedumbre, había cedido á las sugestiones de los emisarios turcos, y se había arrojado sobre los franceses así que oyó tronar el cañón de Heliópolis.

Acudiendo toda ella á las murallas durante la batalla, y viendo á Nassif-Bajá y á Ibrahim-Bey al frente de algunos miles de caballos y genzaros, desde luego les juzgó vencedores. Ellos por su parte se guardaron bien de desengañarla, asegurándole por el contrario que los franceses acababan de ser exterminados, alcanzando el visir una gran victoria; á semejante noticia se levantaron cincuenta mil hombres en el Cairo, en Boulaq y en Gyzeh, y armados de alfanjes, lanzas y fusiles viejos, intentaron degollar á los franceses que habían quedado entre ellos. Pero dos mil hombres atrincherados en la ciudadela y en los fuertes que dominaban á la ciudad, provistos de víveres y municiones, ofrecían una resistencia difícil de vencer, sobre todo después de haberse replegado con tiempo casi todos y de haber conseguido encerrarse en los puntos fortificados. Algunos, sin embargo, habían corrido gran peligro, pero eran sólo doscientos que formaban la guarnición de la casa del cuartel general. Este magnífico edificio, ocupado primero por el general Bonaparte y después por Kléber y las principales oficinas

de la administración, estaba situado en una de las extremidades de la ciudad, y caía por un lado á la plaza de Ezbekyeh, la más hermosa del Cairo, y por el otro á varios jardines pegados al Nilo. Intentaron los turcos y el populacho sublevado invadir la casa y pasar á cuchillo á los doscientos franceses que la ocupaban, proyecto tanto más fácil de realizar cuanto que el general Verdier, que custodiaba la ciudadela situada en la extremidad opuesta del Cairo, no podía acudir á socorrerlos. Pero los valientes soldados que había en la casa del cuartel general, haciendo á veces descargas nutridas, y otras salidas impetuosas, se dieron tal maña, que lograron contener á aquella multitud feroz, dando tiempo de llegar al general Lagrange, que según hemos visto había salido destacado la noche misma de la batalla con cuatro batallones. Llegó éste al día siguiente á mediodía, entró por los jardines, y al punto hizo la casa del cuartel general inexpugnable.

Viendo los turcos que no había medio de vencer la resistencia de los franceses, se vengaron en los infelices cristianos indefensos que habitaban la ciudad, comenzando por asesinar á gran parte de los vecinos del barrio europeo, matando á muchos comerciantes, saqueando sus cosas y robándoles sus hijas y mujeres. Fueron en seguida en busca de los árabes, á quienes se acusaba de vivir en buena armonía con los franceses y de beber vino con ellos; los degollaron y pasaron, según su costumbre, de la matanza al saqueo. Empalaron á un árabe que había sido jefe de los genzaros bajo el mando de los franceses y que estaba encargado de la policía del Cairo (1), y otro tanto hicieron con el que había sido secretario del diván establecido por el general Bonaparte. De allí pasaron al barrio de los cophtos; sabido es que éstos son descendientes de los antiguos pobladores del Egipto, y que han seguido profesando el cristianismo á pesar de todas las dominaciones musulmanas que se han sucedido en aquella tierra. Sus riquezas eran considerables, y provenían de la recaudación de los impuestos que les habían encomendado los mamelucos. Los sublevados, además de castigarlos por amigos de los franceses, querían principalmente saquear sus casas; pero, por fortuna de los cophtos, su barrio formaba la parte izquierda de la plaza de Ezbekyeh y lindaba con el cuartel general; por otra parte, su jefe era rico y valiente, se defendió bien y logró salvarlos.

En medio de semejantes horrores, Nassif-Bajá é Ibrahim-Bey estaban avergonzados de lo que hacían ó consentían hacer; veían perecer con sentimiento riquezas que les hubieran pertenecido á haber quedado dueños de Egipto; pero no podían refrenar á una plebe de la cual no eran ya dueños: consentíanlo todo, y por otra parte querían con aquella matanza mantenerla en exasperación contra los franceses.

Mientras aquello sucedía, llegó el general Friant destacado de Belbeis y luego el mismo Kléber en persona. Ambos entraron por los jardines de la casa del cuartel general. Aunque vencedor del ejército del visir,

(1) Llamábase Mustafá-Agá y tenía en su casa una guardia de 8 soldados de la media brigada 13.^a, mandados por un sargento. Resistieron valerosamente los soldados franceses contra aquel enjambre de furiosos enemigos, y aún consiguieron abrirse paso por entre la turba que los estrechaba y guarecerse en la ciudadela, quitando á los turcos un cañón. (N. del T.)

tenía que vencer Kléber aún una gran dificultad, que era la de conquistar una ciudad inmensa, poblada por trescientos mil habitantes insurreccionados en parte, ocupada por veinte mil turcos, y construída á la oriental, es decir, surcada de callejuelas angostas y dividida en manzanas aisladas que equivalían á verdaderas fortalezas. Estas manzanas ó edificios separados, recibiendo la luz de dentro, no presentaban por de fuera más que altas paredes y tenían en vez de techos, terrados ó azoteas, desde donde los amotinados hacían un fuego mortífero y perpendicular. Añádase que los turcos eran dueños de toda la ciudad, excepto de la ciudadela y de la plaza de Ezbekyeh, la que tenían en cierto modo bloqueada, cerrando con tapias almenadas las calles que á ella conducían.

Los franceses sólo tenían dos medios de atacar: ó hacer desde lo alto de la ciudadela un fuego destructor de bombas y granadas hasta que la ciudad se entregase, ó desembocar por la plaza de Ezbekyeh derribando todos los parapetos levantados á la entrada de las calles, y tomando por asalto todos los barrios uno á uno. Pero del primer medio podía resultar la destrucción de una ciudad populosa, que era la capital del país y que convenía conservar para mantenerse; el segundo nos exponía á perder más soldados que nos hubieran podido costar diez batallas como la de Heliópolis.

Desplegó Kléber en aquel trance tanta prudencia cuanto energía había mostrado en los combates; resolvió ganar tiempo y dejar que la insurrección se fuera poco á poco consumiendo por sí misma. Había enviado casi todo su material de guerra al bajo Egipto, creyendo tener que embarcarse de un momento á otro; había mandado á Reynier que así que el ejército del visir hubiera sido completamente repelido al otro lado del desierto y así que fuesen recuperadas Damietta y Lesbeh, volviese á subir el Nilo con toda su división y con las municiones necesarias en el Cairo. Entretanto dispuso que se bloquearan todas las salidas de la ciudad. A pesar de que los insurreccionados se habían proporcionado víveres saqueando las casas de los egipcios, por lo común bien abastecidas, y á pesar de que habían forjado balas de cañón y aun piezas de batir, era imposible que no les aquejase pronto la carestía. No podían tampoco menos de abrir por fin los ojos acerca del estado general de las cosas de Egipto, y saber que los franceses eran por doquiera vencedores, huyendo disperso el ejército del visir; también era irremediable una próxima división entre ellos, por lo mismo que tan opuestos eran sus intereses. Los turcos de Nassif-Bajá, los mamelucos de Ibrahim-Bey y el pueblo árabe del Cairo no podían permanecer mucho tiempo en armonía. Todas estas razones determinaron á Kléber á contemporizar y á entrar en negociaciones.

Mientras iba así ganando tiempo, concluyó su tratado de alianza con Murad-Bey, valiéndose para ello de la mujer de este príncipe mameluco, persona universalmente respetada en Egipto, en quien iban emparejadas relevantes dotes de belleza y de talento. Concedióle la provincia de Said, sujeta al gobierno de la Francia y con condición de pagar un tributo equivalente á una parte considerable de sus contribuciones. Murad-Bey se obligó además á guerrear en favor de los franceses, y éstos á facilitarle la ocupación del Egipto, caso de

desampararle algún día. Murad-Bey, como después veremos, observó fielmente el tratado que acababa de firmar y empezó arrojando del alto Egipto á un cuerpo turco que lo ocupaba.

Entabló después Kléber negociaciones con los turcos que habían entrado en el Cairo, por medio de Murad-Bey y de los jeques secretamente adictos á la Francia. Ya empezaban en efecto á temer Nassif-Bajá é Ibrahim-Bey verse encerrados en la ciudad en poder de los franceses, y tratados á la turca; sabían por otra parte que el ejército del visir estaba en completa dispersión; prestaronse, pues, muy de grado á celebrar parlamento, y consintieron en una capitulación, por la cual quedaban dueños de retirarse sanos y salvos. Mas cuando iba á concluirse dicha capitulación, los sediciosos del Cairo, que se veían entregados á la venganza de los franceses, poseídos de furor y de espanto, hicieron cesar los parlamentos, amenazaron degollar á los que querían abandonarlos, y hasta dieron dinero á los turcos para obligarlos á pelear, de modo que para llevar á cabo la sumisión era ya indispensable un ataque á viva fuerza.

Sojuzgado otra vez el bajo Egipto, subió Reynier el Nilo con su destacamento, llevando un convoy de municiones; puso sitio á una parte de la ciudad, de Norte á Levante, es decir, desde el fuerte Camín á la ciudadela, y el general Friant se acampó hacia Poniente en los jardines de la casa del cuartel general, entre la ciudad y el Nilo; la caballería de Leclerc se situó entre las divisiones de Reynier y Friant para recorrer el campo: el general Verdier ocupó el lado del Mediodía.

El 3 y 4 de abril (13 y 14 germinal) comenzó el primer ataque un destacamento del general Friant; su objeto era desembarazar la plaza de Ezbekyeh, nuestra principal salida. Empezó por el barrio cophto, que formaba la izquierda de la misma plaza; penetraron las tropas con sin par denuedo por las calles que le atravesaban en diversas direcciones, mientras otros destacamentos volaban las casas que estaban alrededor de la plaza de Ezbekyeh para abrirse paso al interior de la ciudad. Mientras tanto la ciudadela arrojaba algunas bombas para intimidar á la población. Estos ataques tuvieron buen éxito y nos hicieron dueños de la entrada de las calles que conducían á la plaza de Ezbekyeh. En los días siguientes se tomó una eminencia situada junto al fuerte Sulkowski que habían atrincherado los turcos y flanqueaba el barrio cophto. Disponíase todo para un ataque general y simultáneo; pero antes de darle hizo Kléber la última intimación á los sublevados, y éstos se negaron á escucharla. Atento siempre á la conservación de tan importante ciudad, la cual por otro lado no tenía la menor culpa del furor de unos cuantos fanáticos, resolvió el francés imponerles terror haciéndoles presenciar un duro escarmiento, y mandó atacar al arrabal de Boulaq separado del Cairo á orillas del Nilo.

El 15 de abril (25 germinal) cercó á Boulaq la división de Friant, haciendo llover sobre aquel desgraciado vecindario un diluvio de bombas y granadas. Auxiliados por aquel fuego se abalanzaron los soldados al asalto, pero hallaron tenaz resistencia de parte de los habitantes y de los turcos. Cada calle, cada casa se convirtió en teatro de un combate encarnizado. Mandó Kléber suspender por un momento tan horrible carnicería para ofrecer á los rebeldes el perdón, pero los despreciaron

ellos; renovóse entonces el ataque; cundió el fuego de casa en casa, y Boulaq, envuelto en llamas, experimentó á un tiempo mismo todos los horrores de un incendio y de un asalto. Pero los principales de la población se arrojaron á los pies del vencedor; Kléber atajó la efusión de sangre y salvó los restos de aquel arrabal desdichado. Hallábanse en él los almacenes del comercio, en los cuales se encontró inmensa cantidad de mercancías que se preservaron de las llamas en beneficio del ejército.

Toda la población del Cairo presencié aquel triste espectáculo. Aprovechando Kléber el efecto que no podía menos de producir, mandó atacar á la misma capital. Habíase hecho una mina en una casa contigua á la del cuartel general que ocupaban aún los turcos, y pegando fuego á la pólvora, voló el edificio con cuantos turcos y rebeldes había dentro. Aquella fué la señal de ataque. Las tropas de Friant y de Belliard desembocaron por todas las salidas de la plaza de Ezbekyeh, mientras el general Reynier asomaba por las puertas del Norte y de Levante, y Verdier desde lo alto de la ciudadela inundaba la población de bombas. El combate fué sangriento; las tropas de Reynier rompieron por la puerta de Bab-el-Charyeh, situada á la extremidad del gran canal, y arrollando á Ibrahim-Bey y Nassif-Bajá que la defendían, los acorralaron contra la 9.^a media brigada, que penetrando por el lado opuesto lo atropellaba todo en su marcha victoriosa. Juntáronse los cuerpos franceses después de hacer una espantosa carnicería. Dividió la noche á los combatientes, quedando tendidos en las calles miles de turcos, mamelucos y sublevados y cuatrocientas casas entregadas á las llamas.

Fué aquel el último esfuerzo de la rebelión. Los habitantes que habían estado largo tiempo alojando á los turcos, suplicábanles ahora con instancias que saliesen del Cairo y les dejaran en libertad para tratar con los franceses. No deseaba otra cosa Kléber, á cuyo natural repugnaban aquellas escenas sanguinarias, y que quería además economizar á toda costa sus soldados. Sirviéronle de mediadores los agentes de Murad-Bey, y el tratado quedó en breve concluído. Nassif-Bajá é Ibrahim-Bey tuvieron que retirarse á la Siria escoltados por un destacamento del ejército francés; la única condición que nos impusieron fué respetar su vida. Salieron del Cairo el 25 de abril (5 floreal), dejando en nuestro poder á los desgraciados incitados por ellos á la rebelión.

Así terminó aquella sangrienta lucha comenzada el 20 de marzo con la batalla de Heliópolis, y acabada en 25 de abril con la partida de los últimos lugartenientes del visir, después de treinta y cinco días de combates consecutivos entre veinte mil franceses por un lado, y por el otro todas las fuerzas del Imperio Otomano, auxiliadas por el levantamiento de las ciudades egipcias. Yerros muy graves habían dado origen á aquella sublevación y provocado tan horrible efusión de sangre; en efecto, si los franceses no hubieran dado señales de quererse retirar, jamás se hubieran atrevido á levantarse los egipcios, y la lucha se hubiera limitado á un combate de lucimiento, más que de peligro, entre nuestros cuadros de infantería y la caballería turca; pero como los primeros indicios de nuestro desamparo produjeron una explosión popular en varias ciudades, fué preciso recobrarlas por asalto, y se causó con esto más destro-

zo que si se hubiese dado una batalla. Olvidemos las faltas de Kléber para tributar el justo homenaje á su memorable y honrosa conducta. El mismo que había creído imposible defender contra los turcos el Egipto pacífico y sumiso, acababa de conquistarle en treinta y cinco días contra turcos y egipcios sublevados, desplegando tanto vigor como humanidad y prudencia.

En el Delta todas las ciudades habían vuelto á quedar completamente sometidas, y Murad-Bey había arrojado del alto Egipto el destacamento turco de Dervich-Bajá. Temblaban en todas partes los vencidos al aspecto del vencedor, esperando un terrible castigo; los habitantes del Cairo especialmente estaban poseídos de espanto por las horribles crueldades que cometieron con los árabes adictos á los franceses y con los cristianos de todas las naciones. Kléber, que era humano y diestro al mismo tiempo, estaba muy lejos de querer vengar con nuevas crueldades las crueldades cometidas; sabía que la conquista, odiosa á todo pueblo, sólo puede ser tolerable á los ojos de los que la sufren cuando la acompaña un buen régimen de gobierno, y que sólo los grandes designios cumplidos pueden legitimarla para con las naciones ilustradas. Así, pues, no perdió tiempo en manifestarse moderado en el uso de su victoria. Los egipcios estaban persuadidos de que iban á ser tratados con dureza; creían que se les haría expiar con la pérdida de sus vidas y bienes el crimen de los que se habían sublevado; reunióles el francés, presentóse á ellos primeramente con aspecto severo, y los perdonó luego limitándose á imponer una contribución sobre las ciudades insurreccionadas.

Pagó el Cairo diez millones de francos, gravamen poco oneroso en verdad para tan populosa ciudad; sus habitantes tuvieron á gran fortuna verse rescatados á aquel precio. Impusieron otros ocho millones sobre las ciudades rebeldes del bajo Egipto (1).

Con esta suma pudieron cubrirse inmediatamente varias atenciones, satisfacer las pagas atrasadas, así como los víveres de que había menester el ejército, cuidar de los heridos, y concluir las fortificaciones comenzadas. Era además un recurso precioso mientras se mejoraba el sistema de contribuciones y el modo de hacer el cobro. Otro recurso enteramente inesperado que se ofreció en aquel momento fué el de setenta embarcaciones turcas que acababan de entrar en los puertos de Egipto para transportar el ejército francés y que las últimas hostilidades nos autorizaban á retener. Venían cargadas de mercaderías que se vendieron en beneficio de las arcas del ejército. Merced á estos diversos arbitrios, ya era posible atender á todos los gastos sin acudir á nuevas exacciones en géneros. El ejército se halló en la mayor abundancia, y los egipcios, que no esperaban salir á tan poca costa de su apurado trance, se sometieron con la más completa resignación. El ejército, envanecido con sus victorias, confiado en sus fuerzas y sabedor de que el general Bonaparte se hallaba al frente del gobierno, no dudó ya verse pronto socorrido. Kléber acababa de encontrar en los campos de Heliópolis la disculpa más noble de su momentáneo yerro.

(1) Según otros historiadores de crédito, la contribución impuesta al Cairo fué de doce millones de francos, y debía pagarse la mitad en numerario y la otra mitad en artículos de consumo. (N. del T.)

Reunió á los jefes de la administración militar y á los hombres más entendidos del país, y ocupóse en organizar la hacienda de la colonia. Restituyó el cargo de recaudar las contribuciones directas á los cophtos, que en otro tiempo le habían ya desempeñado (1), y creó varios derechos de aduanas y de consumos. El total de las rentas debía ascender á veinticinco millones de francos, y bastaba á cubrir todas las necesidades del ejército, que no excedían de diez y ocho á veinte millones. Hizo entrar en las filas de nuestras medias brigadas cophtos, sirios y aun negros comprados en el Darfour, de cuya instrucción se encargaron algunos subtenientes que hablaban ya la lengua del país. Estos nuevos reclutas, entremezclados con los veteranos en los cuadros, combatieron luego en ellos tan bien como los mismos franceses á cuyo lado les cupo la honra de servir (2). Mandó Kléber que se acabasen de construir los fuertes ya empezados alrededor del Cairo, y que se continuase trabajando en los de Lesbeh, Damieta, Burlos y Roseta, situados en las costas. Comunicó grande actividad á las obras de Alejandría, y dió nuevo impulso á las sabias investigaciones del Instituto de Egipto. Desde las cataratas hasta las bocas del Nilo, todo tomó el aspecto de una administración sólida y duradera. Dos meses después volvieron á aparecer en el Cairo las caravanas de Siria, de la Arabia y del Darfour, y la hospitalidad con que eran recibidas les servía de garantía para su vuelta.

Si Kléber hubiera seguido viviendo, hubiéramos conservado el Egipto, por lo menos hasta el día de nuestros grandes infortunios; pero un acontecimiento lastimoso iba á privarnos de este general en medio de sus hazañas y de su prudente gobierno.

Nunca se atacan en su raíz sin peligro los afectos grandes y nobles de la naturaleza humana. Todo el islamismo en masa se puso en conmoción con la presencia de los franceses en Egipto, y los hijos de Mahoma habían vuelto á sentir los primeros impulsos de aquella exaltación que en tiempos antiguos los había precipitado contra las cruzadas de cristianos. Lo mismo que en

(1) Los cophtos en efecto fueron los encargados de la recaudación de las contribuciones hasta que Bonaparte substituyó al antiguo sistema administrativo del país, otro que produjo resultados bastante infelices. Bonaparte encomendó la recaudación del *miri* ó contribución territorial ordinaria á los generales ó comandantes de los cuerpos del ejército que ocupaban los diversos distritos, y éstos tenían obligación de remesar el cobro al Tesoro y á los almacenes. Mantuvo Kléber este método de percepción desde que tomó el mando en jefe; pero habiendo observado que podía dar lugar á que se cometieran arbitrariedades y vejámenes, declaró á los divanes de las provincias que serían ellos en lo sucesivo los encargados del reparto del *miri*, que se determinaría de antemano el cupo perteneciente á cada provincia, y que los jefes de las corporaciones serían bajo su responsabilidad los únicos encargados del cobro. Recibióse esta innovación con verdadero entusiasmo; por una parte los contribuyentes, no teniendo ya que tratar más que con individuos elegidos y designados por ellos mismos, no tenían las medidas fiscales de los prepositos franceses; por otra, los jefes de las corporaciones eran responsables de los tributos impuestos, los percibían con exactitud, y los agentes del Tesoro podían obrar contando con ingresos determinados. Un simple cophto, delegado del intendente general, se trasladaba en persona á un pueblo, notificaba la orden del pago de la contribución, y era obedecido con mucha más prontitud y agrado que lo había sido hasta entonces un oficial general al frente de su tropa, (N. del T.)

(2) Ordenó también requisas de caballos y camellos para el servicio de la artillería, y para la remonta de la caballería.

(N. del T.)

el siglo XII, se oyeron resonar los clamores de la guerra santa, y hubo musulmanes fanáticos que hicieron voto de llevar á cabo *el combate sagrado*, que consiste en dar muerte á un infiel. En Egipto, donde veían á los franceses de cerca, donde su humanidad era justamente apreciada y donde se les podía comparar con los soldados de la Puerta, especialmente con los mamelucos; en Egipto, en fin, donde todos eran testigos de nuestro respeto al Profeta (particularmente recomendado por el general Bonaparte), era menor la aversión que se les tenía, y cuando más tarde abandonaron aquel país, el fanatismo estaba notablemente entibiado. Hasta se habían llegado á notar en ciertos parajes durante la última insurrección señales verdaderas de afecto á nuestros soldados, á punto de causar verdadera sorpresa á los agentes ingleses; pero en el resto del Oriente sólo se atenía á una cosa, que era la invasión de un vasto territorio musulmán por los infieles.

Un joven natural de Alepo, llamado Suleimán, de quien se había apoderado una grande exaltación de ánimo, que había emprendido viajes á la Meca y á Medina y estudiado en la mezquita de El-Azhar, la más rica y célebre del Cairo, donde se enseñan el Alcorán y la ley turca, y que quería finalmente ser admitido en el cuerpo de los doctores de la fe, hallábase errante por la Palestina cuando la atravesaron los restos del ejército del visir. Fué testigo de los padecimientos y de la desesperación de sus correligionarios, y su imaginación enfermiza y delirante se conmovió profundamente. El agá de los genizaros, que le vió por casualidad, excitó aún más su fanatismo con sus propias sugerencias. Ofrecióse aquel joven á asesinar al sultán de los franceses, como llamaban al general Kléber, y para que llevase á cabo su empresa diéronle un dromedario y cierta suma de dinero para el viaje. Trasladóse á Gazah, atravesó el desierto, llegó al Cairo, y permaneció muchas semanas encerrado en la gran mezquita, donde se daba hospitalidad á los estudiantes y viajeros pobres á expensas de aquel piadoso establecimiento. Las mezquitas ricas equivalen en Oriente á lo que en otro tiempo eran en Europa los conventos; encuéntrase allí la oración, la enseñanza religiosa y la hospitalidad. El joven fanático confió su proyecto á los cuatro jeques principales de la mezquita, que eran los que dirigían la enseñanza; quedaron éstos espantados de su resolución y de las consecuencias que podría originar, y le dijeron que sin conseguir su propósito iba á causar grandes males al Egipto; pero no obstante, se abstuvieron dar parte á las autoridades francesas.

Cuando aquel desgraciado se halló de todo punto resuelto á llevar á cabo su idea, se armó con un puñal, anduvo al acecho de Kléber varios días, y no habiendo podido hallarle á mano, se le ocurrió esconderse en el jardín del cuartel general en una cisterna abandonada que en él había. El 14 de junio se presentó á Kléber mientras estaba paseando con el arquitecto del ejército Mr. Protain, á quien indicaba los reparos que había que hacer en el edificio del cuartel general para quitar las señales de las bombas y de los balazos. Acercósele como para pedir limosna, y mientras Kléber se preparaba á atenderle, se arrojó sobre él y le clavó repetidas veces el puñal en el corazón. Cayó Kléber al impulso de aquellas puñaladas; el arquitecto Protain, que llevaba un

bastón se arrojó sobre el asesino y le dió un recio golpe en la cabeza; pero cayó aquél á su vez herido de otra puñalada. A los gritos de las dos víctimas acudieron los soldados, levantaron á su general moribundo y se apoderaron del asesino, á quien encontraron agazapado detrás de un montón de escombros.

Algunos minutos después de esta escena trágica Kléber ya no existía. El ejército derramó sobre él amargas lágrimas; los mismos árabes, que habían admirado su clemencia después de la rebelión, unieron su pesar al de nuestros soldados. Una comisión militar reunida inmediatamente juzgó al asesino, quien confesó su crimen, y fué condenado al palo según las leyes del país. Los cuatro jeques depositarios de su secreto fueron degollados. Creyéronse necesarios aquellos sangrientos sacrificios para seguridad de los jefes del ejército. ¡Vana precaución! El ejército había perdido en Kléber un general, y la colonia un fundador al cual no podía reemplazar ninguno de los oficiales que habían quedado en Egipto. ¡La Francia perdiendo á Kléber perdió también aquella región! Menou, que le sucedió por antigüedad, era partidario ardiente de la expedición; pero á pesar de su celo, eran hartos débiles sus hombros para soportar la onerosa carga de aquel mando. Sólo un hombre podía igualar á Kléber y aun sobrepasarle en el gobierno de Egipto, que era el mismo que tres meses antes se había embarcado en el puerto de Alejandría con dirección á Italia, y que fué á morir á Marengo en el mismo día y casi en el instante mismo en que sucumbía Kléber en el Cairo: ¡era Desaix! Ambos murieron el 14 de junio de 1800 para que se cumpliesen los grandes designios del general Bonaparte. ¡Singular destino el de aquellos dos hombres que siempre se hallaron juntos durante la vida, unidos también en el día de su muerte, y sin embargo tan diferentes uno de otro en todos los caracteres del alma y del cuerpo!

Kléber era la figura más arrogante del ejército. Su estatura aventajada, su noble fisonomía que retrataba toda la altivez de su alma, su valor á un mismo tiempo osado y sereno, su entendimiento claro y perspicaz, hacían que fuese en el campo de batalla el más imponente entre todos los capitanes. Su talento tenía originalidad y brillantez, aunque poco cultivado. Plutarco y Quinto Curcio eran su única é incesante lectura: buscaba en ellos la historia de los héroes de la antigüedad, que es el alimento de las almas grandes. Era caprichoso, indócil y malcontento; decíase de él que no quería mandar ni obedecer, y era verdad. Obedeció al general Bonaparte, pero siempre murmurando; mandó algunas veces, pero dando otro el nombre, como por ejemplo el general Jourdan, y apoderándose del mando como por inspiración en medio de la refriega, desempeñándolo como

militar de conocimientos superiores, y volviendo después de la victoria á su papel de lugarteniente, que era el más acomodado á su gusto. Era Kléber licencioso en sus costumbres y en su lenguaje, pero íntegro y desinteresado, como solían serlo todos en aquel tiempo, porque la conquista del mundo no había aún corrompido los corazones.

Desaix era opuesto á él en casi todo: sencillo, tímido y aun en cierto modo torpe, con el rostro siempre oculto con una abundante cabellera, no tenía el menor aspecto militar; pero heroico en los combates, benigno con los soldados, modesto con sus compañeros y generoso con los vencidos, adoráblemente igualmente el ejército entero y los pueblos conquistados por nuestras armas. Era por su razón sólida y profundamente cultivada, por su inteligencia en la guerra, su asiduidad en el cumplimiento de sus deberes y su desinterés, un modelo completo de todas las virtudes militares; y mientras Kléber, indócil y rebelde, no podía soportar el mando de ninguno, Desaix era obediente como si el mandar le fuese de todo punto extraño. Bajo un exterior un tanto tosco y huraño, ocultaba un alma ardiente y susceptible de la mayor exaltación. Aunque formado en la severa escuela del ejército del Rhin, se había entusiasmado por las campañas de Italia y había querido ver con sus propios ojos los campos de batalla de Castiglione, Rívoli y Arcola. Iba recorriendo aquellos campos, teatros de una gloria inmarcesible, cuando encontró sin ir en su busca al general en jefe del ejército de Italia, á quien cobró un afecto sincero y extremado. ¿Qué homenaje mejor que la amistad de semejante hombre? El general Bonaparte supo corresponder á aquella amistad generosa; estimaba á Kléber por sus grandes cualidades militares, pero ninguno para él igualaba á Desaix ni en carácter ni en conocimientos. Y puede decirse que le quería de corazón, porque al paso que conocía que los otros compañeros de armas que le rodeaban no le habían aún perdonado su rápida elevación, si bien afectaban en su presencia una sumisión llena de eficacia y deferencia, veía en Desaix una adhesión pura, desinteresada y fundada en una admiración profunda. Sin embargo, ocultando á todos el secreto de su preferencia y aparentando ignorar las faltas de Kléber, trató del mismo modo al uno que al otro, y quiso, como en breve veremos, igualar en las honras que les tributó á aquellos dos hombres á quienes la fortuna confundió en un mismo destino.

Pero volviendo al Egipto, á pesar de la muerte de Kléber continuó reinando en él la mayor tranquilidad. Así que tomó el mando el general Menou, se apresuró á hacer salir de Alejandría el buque *Osiris* para que llevase á Francia la noticia del buen estado actual de la colonia y del deplorable fin de su segundo fundador.